

## EL JARDÍN OLVIDADO

La tarde era brumosa y gris, amenazaba tormenta. Nadia salió de la oficina cargada con el portátil y varias carpetas de trabajo atrasado. Paró el primer taxi que vio libre, se acomodó en el asiento trasero sintiendo el cansancio acumulado de una jornada agotadora y saludando al taxista le dijo simplemente: -A casa, por favor. El taxista no preguntó la dirección, sin poner en marcha el taxímetro, arrancó con suavidad el coche. Nadia cerró los ojos intentando calmar su mente y lentamente se durmió.

En su sueño se encontró en un lugar desconocido y oscuro, un bosque muy tupido y silencioso, miró al cielo buscando las estrellas pero las espesas copas de los árboles se lo impedían.

A lo lejos observó una pequeña luz ondulante como el de una vela encendida y pausadamente caminó con cuidado hacia aquella luz que le pareció como un faro de salvación para náufragos perdidos sin rumbo y sin viento que empujara la vela de su balsa. No sabía cómo había llegado a aquel lugar tenebroso, solo caminaba hacia aquella luz de esperanza.

Llegó a un claro del bosque; un anciano de largo cabello blanco, apoyado en un bastón, la estaba esperando, al verla, le hizo señales con el farolillo que mantenía en la otra mano. Nadia se acercó confiada.

- Hola señor, soy Nadia, me he perdido.
- Lo sé, contestó el anciano
- ¿Cómo lo sabe si no nos conocemos?
- Soy el Guardián del Tiempo Perdido, llevo el inventario de todos los humanos.
- Yo jamás pierdo el tiempo, contestó un tanto airada. Tiempo es lo que me falta para atender a los hijos, la casa, el trabajo, las reuniones, el gimnasio... necesito más horas para llegar a todo.
- Sí, sí, sí, dijo el anciano, agárrate de mi brazo y acompáñame, te enseñaré algo.

Caminaron lentamente por un sendero hasta una cancela que se abrió ante su presencia. Nadia contempló un jardín descuidado, los años de abandono habían secado los árboles y las flores de lo que antaño había sido un vergel y ahora era dominio de malas hierbas y matorrales enmarañados, cajas de cartón con cintas descoloridas, cuentos viejos, una cajita de

música con su bailarina parada por años con los brazos en alto, un soldadito de plomo, muñecas de papel recortables y otros juguetes viejos estaban esparcido por la maleza.

- ¿Qué es este lugar, preguntó Nadia
- Tu Jardín Olvidado, contestó el anciano.
- ¿Mi jardín olvidado? dijo Nadia sorprendida. Nunca tuve un jardín, ni siquiera tengo macetas en el balcón, me faltaría tiempo para cuidarlas.
- Nadia querida, este es el Jardín Olvidado de tu Alma desatendida y casi olvidada.

Ella seguía sin comprender

- Entremos, dijo el anciano.

Agarrados del brazo entraron en lo que tiempo atrás había sido un hermoso jardín. A la luz del farol del Guardián, Nadia comenzó a ver, a recordar cuando en su alma de niña lucían esplendorosas las flores de la inocencia y de la ilusión, recordó aquellas horas gloriosas con sus muñecas, sus recortables, la Bailarina y el Soldadito de plomo, sus viajes y aventuras soñadas leyendo a Salgari y Julio Verne. Su mundo infantil, muy real por imaginado.

Siguieron caminando, entre las zarzas. Nadia descubrió cajas cerradas, recuerdos dolorosos que ella había intentado enterrar en el olvido y que ahora surgían con claridad desde el subconsciente. La soledad de la niña disfrazada en la fiesta de fin de preescolar sin ningún familiar que disfrutara con ella. Mayor soledad cuando le imponen la banda de buen comportamiento y ni papá ni mamá están para demostrarle su orgullo. Abrió otra caja y vio con claridad la rebeldía adolescente de no subir al escenario a recoger el premio de honor y reconocimiento por los excelentes resultados del bachiller, ante la soledad, el abandono y la desidia de sus padres ausentes, mientras ella se refugiaba pensando en El Patito Feo.

Viéndose a sí misma, como si fuera otra persona, emocionada, Nadia comenzó a llorar con sentimiento, ternura y comprensión.

- Bien, ésto va muy bien, dijo el anciano, ahora te reconoces en lo que eres, en lo que fuiste. Tu miedo, tu odio y tu rencor, tu rabia y frustración de no sentirte reconocida y querida son estas malas hierbas, esta maleza que ahoga la belleza de tu Alma. Hasta ahora no te has reconocido y has ido generando las mismas emociones que

te han impedido ver el cisne blanco y hermoso que encierras dentro de tu patito feo. Ahora que te comprendes, puedes perdonarte, eres consciente que cada uno es como es y no como tú quisieras que fuese, esa misma comprensión que te llevará al perdón y al amor. Esta es tu oportunidad de unirte al espíritu divino, de que la Fuente te reconozca como hija y ya nunca volverá a ser lo mismo, la paz y el amor formarán parte de tí misma. Si no usas bien esta ocasión seguirás viviendo en la angustia del miedo y la frustración y tu hermosa alma de cisne blanco se perderá en el polvo cósmico de la Creación.

- ¿Y qué debo hacer? Preguntó Nadia
- Es fácil, arregla tu Jardín Olvidado
- Pero si ésto es un desastre.
- Ni te preocupes ni te agobies por la faena a realizar. Todo trabajo, por muy grande que sea comienza con el primer gesto, con el primer y pequeño esfuerzo de voluntad, después, cada vez te resultará más fácil y más agradable. Corta, poda, rastrilla toda esa maleza, que las flores de la virtud luzcan y brillen en todo su esplendor en tu Jardín Olvidado. Enriquece tu Alma con el amor, la comprensión y la consideración hacia tu prójimo, recuerda que recogerás aquello que siembres. Vive con alegría y disfruta de tu largo camino hacia tu Ítaca personal. Disfruta de la fiesta de la vida y sé agradecida.

- Hemos llegado a casa, señora.

La voz del taxista la despertó de pronto.

- Ah, muchas gracias, parece que me he quedado dormida, perdone.

¿Qué le debo?

- Con su sonrisa estoy pagado. No he puesto el taxímetro porque somos vecinos y ya mi jornada había terminado, venía también para casa.

- Muchas gracias, hoy ha sido mi día afortunado. Un placer viajar en su taxi y haberle conocido. Espero verle por el barrio, buenas noches.

- Buenas noches, señora.

Ya había anochecido, una lluvia suave lavaba los árboles de la avenida, Nadia caminó despacio sintiendo el agua como una bendición que limpiaba su alma y su corazón y supo que en ese momento se había perdonado y lloró, lloró de alegría. Para ella comenzaba de nuevo la Vida.

Carmen Talavera